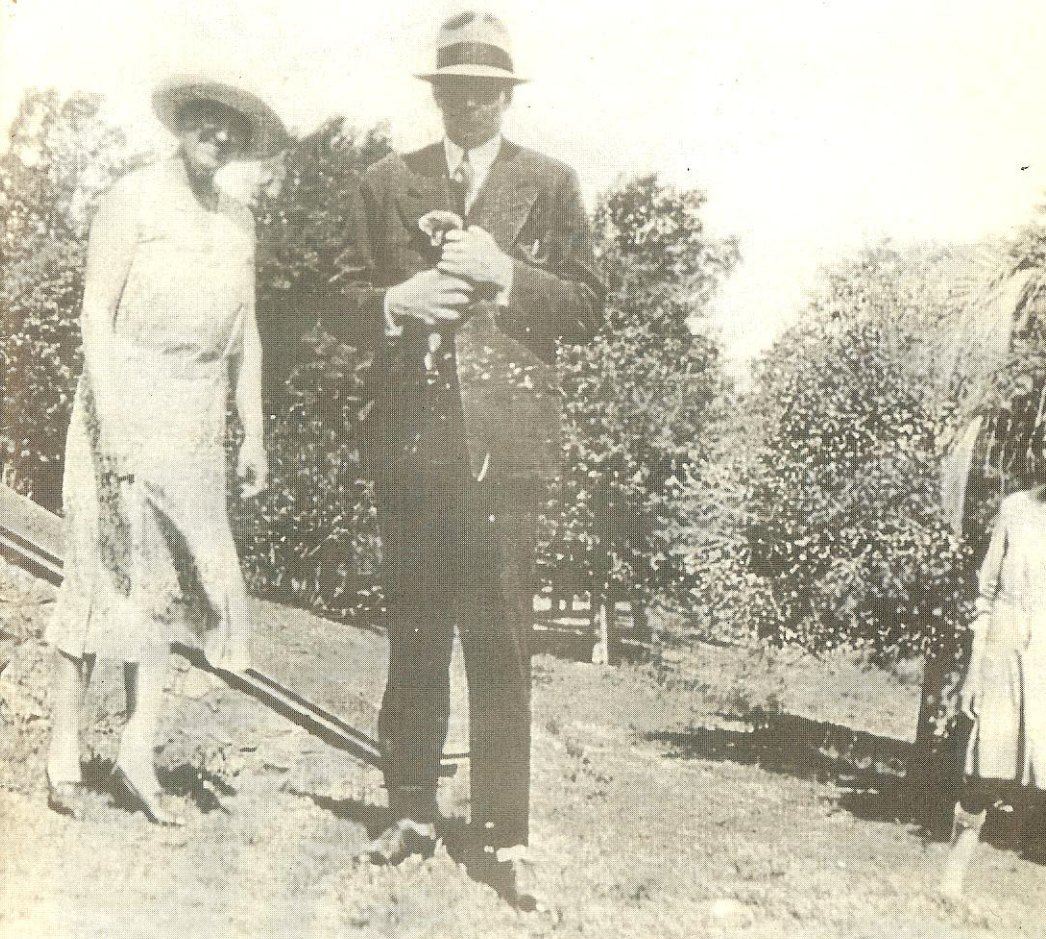


TRADUCCIÓN DEL CAPÍTULO V DE
TIERRA DE HOMBRES
"OASIS"

de *Antoine de Saint Exupéry*
por *Elsa Aparicio de Pico*



Mme. Suzanne Fuchs Valon, Antoine de Saint Exupéry, Mlle. Edda Fuchs Valon

SAN CARLOS - CONCORDIA - 1929

(El autor sostiene en sus manos el hurón domesticado por Edda)

INTRODUCCIÓN A UNA TRADUCCIÓN DE *TIERRA DE HOMBRES* DE ANTOINE DE SAINT EXUPÉRY PARA EDUCA (1996) Y DOLMEN EDITORIAL CHILENA (2000)

Leí “Tierra de Hombres” por primera vez en 1953, en una edición francesa de bolsillo.

Ese año nos habíamos mudado a Concordia, en la provincia de Entre Ríos. Fue una sorpresa encontrar el nombre de la ciudad entre las páginas de Antoine de Saint Exupéry y descubrir que él había estado en ese “castillo” del vecino parque de leyenda pueblerina. El enternecido recuerdo de sus estadias es el oasis en esas crónicas del desierto de Sahara.

Meses después de nuestra instalación en Concordia –gracias al francés, lengua que compartíamos- yo me relacionaba con Mme. Suzanne Fuchs Valon. Ella, respondiendo pacientemente a mis preguntas, fue develando poco a poco, en discretas y muy espaciadas charlas, los rasgos más peculiares del escritor que entre 1929 y 1930 visitaba su casa como un amigo. Era piloto y, en ese entonces Director de la Aeroposta Argentina, pero “sacaba continuamente fotos y tomaba notas en un pequeño carnet del que nunca se separaba”, añadía, detallista, Mme. Fuchs.

“Las hadas” que entonces lo inspiraron fueron, años más tarde, mis amigas Edda y Suzanne, sus hijas. El tiempo no había marchitado ese encanto que Saint Exupéry asocia en “Tierra de Hombres” con la frescura de un oasis sahariano. Por ellas mi conocimiento de Antoine se fue corporizando. Ellas evocaban su sonrisa de gigante bueno, la dulce mirada de sus ojos saltones, sus largos y desmañados brazos y piernas, los juegos de cartas y las bromas. Mario Fuchs, el hermano mayor, serio y parco en sus comentarios no se cansaba de repetirme: “entonces él era un piloto, nada más que un piloto”, lo que hoy me lleva a añadir “¡y nada menos! Que un piloto de aquellos Laté 25 de la línea a la Patagonia”.

En 1964 llegaron a Concordia Michel Gall y Tony Saulnier dos cronistas de la revista parisina Paris-Match preguntándose si serían reales las hadas presentadas en “Oasis”, capítulo V de “Tierra de Hombres”. Eran reales. Y recibieron a los periodistas para contarles que nunca habían olvidado al visitante. En el número del mes de julio de 1964 en que se conmemoraba el 20º aniversario de la desaparición del piloto se publicó la sensacional noticia de su existencia.

Corría 1967. En febrero llega a Concordia M. Didier Daurat, “le patron” como gustaba nombrarlo Saintex. Llegó presidiendo una delegación de Air France y de la ORTF, radio y televisión francesas. Filmaron en Concordia parte del documental “Tierra de Hombres” que se presentaría en el pabellón francés de la Expo Internacional 1968, en Montreal, Canadá. En Concordia se reunieron,

alrededor de un conmovido Daurat y de las hermanas Fuchs, todos aquellos que conocieron y trataron al piloto-escritor a su paso por el litoral argentino.

Ya en 1966 la Embajada de Francia y la Alianza Francesa de Concordia habían recordado su paso con una placa colocada sobre el frente del castillo de San Carlos. En 1994, a 50 años de su desaparición, la asociación argentina *Los amigos de Antoine de Saint Exupéry*, filial de la original parisina, inauguró un monolito en el aeródromo El Espinillar en memoria del piloto que, en 1929, allí lo había proyectado.

Estas son algunas de las razones que me animaron a emprender la traducción que se me solicitaba y que ahora pongo a consideración de los lectores de habla hispana. Pero antes de que inicien su lectura yo quisiera destacar la importancia que tiene la obra en castellano, especialmente encomendada por una editorial argentina y otra chilena. En el primer caso "Tierra de Hombres" formaría parte de una colección pensada para aproximarse a autores contemporáneos de valía. Gran parte de esta aproximación consiste en interpretar el sentido del título de la obra que abarca no sólo el significado lato del sustantivo "hombres" sino que al avanzar en la lectura de las crónicas se descubre que esta "tierra" pertenece al hombre calificado como tal, aquel que halla su energía en sus reservas espirituales que lo impulsan a la superación, al heroísmo. Es el merecedor de poseer la tierra.

La obra de Saint Exupéry reveladora de su inquietud interior, contiene reflexiones profundas engarzadas, la mayor parte de las veces, en oraciones breves expresadas en lenguaje llano y coloquial que nos llegan como palabras de una confianza amistosa. Es por este motivo que he elegido un vocabulario y un estilo cercano al tono que Antoine de Saint Exupéry supo imprimir a sus escritos. Alguna vez escribió que más que un escritor él se consideraba un "corrector". Revelaba su pensamiento al correr de la pluma, luego tachaba, tachaba y pulía su idea hasta darle, decía, la perfección de un canto rodado. Me atrevería a decir que muchas de sus sentencias tienen, por esa razón, la profundidad y el estilo de los salmos. Hay oraciones aparentemente oscuras donde refulge, en pocas palabras, su verdad que brilla como un relámpago en una noche oscura.

Saint Exupéry es un autor que ha deleitado e interesado profundamente a los conocedores de su lengua. Esta versión en castellano tiene el propósito de despertar ese interés en lectores de habla hispana y pretende deleitarlos a ellos también.

Elsa Aparicio de Pico
Traductora P.N. de Francés
Mat. Ind. N° 155
Concordia (ER) noviembre de 2000

V

OASIS

Tanto os he hablado del desierto que antes de seguir hablando de él, me gustaría describir un oasis. Aquel cuya imagen evoco no está perdido en el fondo del Sahara. Pero otro milagro del avión es que nos sumerge, directamente, en el corazón del misterio. Tras la ventanilla erais ese biólogo estudiando el hormiguero humano, considerabais fríamente esas ciudades asentadas en su llanura en el centro de los caminos que se abren en forma de estrella y las alimentan, a la manera de arterias, con el jugo de los campos. Pero una aguja ha temblado en un manómetro y esa verde espesura se ha vuelto un universo. Sois prisionero de un césped en un campo adormecido.

No es la distancia lo que mide el alejamiento. El muro de un jardín de nuestra casa puede encerrar más secretos que la Muralla China y el alma de una niña está mejor protegida por el silencio que los oasis saharianos por el espesor de las arenas.

Me referiré a una breve escala en alguna parte del mundo. Era cerca de Concordia, en la Argentina. Pero hubiera podido ser en cualquier otro lugar: de tal modo está difundido el misterio.

Había aterrizado en un campo y no sabía que iba a vivir un cuento de hadas. Ese viejo Ford en el cual rodaba no tenía nada de particular, ni tampoco el apacible matrimonio que me había recogido.

-Lo alojaremos en casa esta noche...

Pero en un recodo del camino se descubrió a la luz de la luna, un bosquecito y detrás de esos árboles una casa. ¡Qué casa extraña! Compacta, maciza, casi una ciudadela. Castillo de leyenda que ofrecía, al trasponer la entrada, un refugio

tan apacible, tan seguro, tan protegido como un monasterio. Entonces aparecieron dos muchachas. Me consideraron gravemente, como dos jueces apostados en el umbral de un reino prohibido. La menor hizo una mueca de fastidio y golpeó el piso con una varita verde. Una vez hechas las presentaciones ellas me tendieron sus manos en silencio con un aire de curioso desafío y desaparecieron.

Estaba divertido y encantado a la vez. Todo era simple, silencioso y furtivo como la primera palabra de un secreto.

-¡Eh! ¡eh! Son salvajes, dijo simplemente el padre.

Y entramos.

Cuando iba al Paraguay me atraía ese yuyo irónico que muestra la nariz entre los adoquines de la capital y que, de parte del invisible bosque virgen, llega a ver si los hombres mantienen aún la ciudad; si no ha llegado la hora de sacudir un poco todas esas piedras. Me atraía esa forma de deterioro que expresa una riqueza demasiado grande. Pero aquí quedé maravillado.

Pues todo estaba ruinoso y lo estaba adorablemente, a la manera de un viejo árbol cubierto de musgo al que la edad ha resquebrajado un poco, a la manera del banco de madera donde los enamorados van a sentarse desde hace diez generaciones. Los revestimientos de las paredes estaban gastados, los postigos raídos, las sillas patizambas. Pero si aquí no se reparaba nada se limpiaba, en cambio, con fervor. Todo estaba pulcro, bruñido, brillante.

El salón adquiría un rostro de extraordinaria intensidad, como el de una anciana con arrugas. Yo admiraba todo: las grietas de las paredes, las desgarraduras en el cielorraso y, por sobre todo, ese piso hundido aquí, bamboleándose allá, como una pasarela, pero siempre bruñido, encerado, lustrado. Curiosa casa pues no evocaba ninguna negligencia, ningún abandono, sino un extraordinario respeto. Cada año añadía –sin duda– algo a su encanto, a la complejidad de su rostro, al fervor de su atmósfera amistosa y también a los

peligros del viaje que era preciso emprender para pasar de la sala al comedor.

-¡Cuidado!

Era un agujero. Se me hizo ver que en semejante agujero me hubiese roto fácilmente las piernas. Nadie era responsable de ese agujero: era la obra del tiempo. Tenía un aspecto muy de gran señor ese soberano desprecio por toda excusa. No se me decía:

-Podríamos tapar todos esos agujeros, somos ricos, pero...

No se me decía tampoco –lo que sin embargo era verdad–:

-Alquilamos a la municipalidad esto por treinta años. A ella le compete repararlo. Todos nos empecinamos...

Se desdeñaban las explicaciones y tanta soltura me encantaba. A lo más se me hizo observar:

-... *está un tanto descalabrado, ¿no?*

Pero ello con un tono tan ligero que yo sospechaba que mis amigos se entristecían poco ante el hecho. ¿Se imaginan ustedes a un equipo de albañiles, de carpinteros, de ebanistas, de yeseros instalando, en semejante pasado, su sacrílega utilería y rehaciéndonos en ocho días una casa que nunca hubiéramos conocido y donde nos crearíamos de visita? ¿Una casa sin misterios, sin rincones, sin trampas bajo los pies, sin escondrijos? ¿Una especie de salón municipal?

De un modo muy natural habían desaparecido las jóvenes en esa casa de prestidigitación. ¡Cómo debían ser los desvanes cuando el salón contenía ya las riquezas de un granero! Cuando ya se adivinaba que de la menor alacena entreabierta caerían paquetes de cartas amarillas, recibos del bisabuelo, más llaves que cerraduras existen en la casa y de las cuales ninguna, con seguridad, correspondería a cerradura alguna. Llaves maravillosamente inútiles que confunden la razón y que hacen soñar con sótanos, con cofres enterrados, con

monedas de oro...

-¿Pasamos a la mesa, si gusta usted?

Pasamos a la mesa. Aspiraba, de una a otra pieza, esparcido como incienso, ese olor de vieja biblioteca que vale por todos los perfumes del mundo. Y sobre todo me atraía el transporte de las lámparas. Verdaderas lámparas pesadas que se acarreaban de una a otra habitación, como en los más perfumados tiempos de mi infancia y que movían maravillosas sombras en las paredes. Se alzaban sobre ellas ramilletes de luz y palmas negras. Luego, una vez en su sitio las lámparas, se inmovilizaban las playas de claridad y esas vastas reservas de noche en derredor, donde crujían las maderas.

Las dos jóvenes reaparecieron tan misteriosamente, tan silenciosamente como se habían desvanecido. Se sentaron a la mesa con gravedad. Sin duda ya habían alimentado a sus perros, a sus pájaros, abierto sus ventanas a la noche clara y gustado en el viento nocturno el olor de las plantas. Ahora al desplegar sus servilletas, me vigilaban con el rabillo del ojo, con prudencia, preguntándose si me clasificarían, o no, en el número de sus animales familiares, pues ellas poseían una iguana, un hurón, un zorro, un mono y abejas. Todos ellos viviendo entremezclados, entendiéndose de maravillas, componiendo un nuevo paraíso terrestre. Reinaban sobre todos los animales de la creación, encantándolos con sus manitas, alimentándolos, dándoles de beber y contándoles historias que desde el hurón hasta las abejas, todos escuchaban. Y yo esperaba ver a dos jóvenes tan vivaces poniendo en juego la finura de que eran capaces para formular un juicio rápido, secreto y definitivo sobre el ser masculino que las enfrentaba.

Del mismo modo, en mi infancia mis hermanas atribuían notas a los invitados que honraban por vez primera nuestra mesa. Y cuando decaía la conversación se escuchaba en el silencio, repentinamente, resonar un:

-¡Once!

Del cual nadie, salvo mis hermanas y yo, gustaba el encanto.

Mi experiencia en este juego me turbaba un poco. Y yo me sentía más molesto al sentir tan despiertos a mis jueces. Jueces que saben distinguir los animales que engañan de los animalitos ingenuos; que saben leer en los pasos de su zorro si está o no de buen humor, que poseen un grandísimo conocimiento de los movimientos interiores.

Amaba esos ojos tan agudos y esas almitas tan rectas, pero ¡cómo hubiera preferido que ellas cambiasen de juego! Sin embargo, cobardemente y por miedo del “¡once!” yo les alcanzaba la sal, les servía vino pero encontraba, al alzar la mirada, su dulce gravedad de jueces que no se venden.

Hasta la misma lisonja hubiera sido inútil: ellas ignoraban la vanidad. La vanidad, pero no el hermoso orgullo y pensaban de sí mismas, sin mi ayuda, mejor de lo que me hubiera atrevido a decir. No pensaba siquiera en extraer prestigio de mi oficio, pues es también audacia el trepar hasta las últimas ramas de un plátano y ello, simplemente, para controlar si los pichones se empluman o para saludar a los amigos.

Y mis dos hadas silenciosas vigilaban tan bien mi comida, yo encontraba sus miradas furtivas tan a menudo, que dejé de hablar. Se produjo un silencio y durante el mismo algo silbó ligeramente sobre el piso, murmuró bajo la mesa y luego se calló. Alcé una intrigada mirada.

Entonces, mordiendo el pan con sus jóvenes dientes salvajes, sin duda satisfecha de su examen, pero usando de la última piedra de toque, la menor me explicó, simplemente, con un candor con el cual confiaba dejar estupefacto al bárbaro, si acaso yo era uno de ellos:

-Son las víboras.

Y se calló, satisfecha, como si la explicación bastara a cualquiera que no fuera demasiado tonto. Su hermana lanzó una rapidísima mirada para juzgar mi primer movimiento y ambas inclinaron sobre sus platos los rostros más dulces e ingenuos del mundo.

-¡Ah! Son las víboras.

Naturalmente estas palabras se me escaparon. ¿Aquello que se había deslizado por mis piernas, que había rozado mis tobillos, eran... ¡víboras!?

Felizmente para mí, sonreí. Y sin forzarme, pues las jóvenes lo hubieran descubierto. Sonreía porque estaba alegre, porque esta casa me gustaba, decididamente, más a medida que pasaban los minutos y porque yo también sentía el deseo de saber algo más acerca de las víboras. La mayor vino en mi ayuda:

-Ellas tienen su nido en un agujero, bajo la mesa.

-Alrededor de las diez de la noche vuelven. –añadió la hermana- Cazan de día.

A mi vez, a hurtadillas, miré a esas jóvenes. Su finura, su risa silenciosa detrás del rostro apacible. Y admiré esa realeza que ejercían...

Ahora, sueño. Todo aquello está muy lejos. ¿Qué se ha hecho de seas dos hadas? Sin duda se han casado. Pero entonces ¿han cambiado? Es muy serio pasar del estado de muchacha al de mujer. ¿Qué hacen en una casa nueva? ¿Qué se ha hecho de sus relaciones con las hierbas locas y con las serpientes? Estaban mezcladas a algo universal.

Pero llega un día en que la mujer se despierta en la joven. Una sueña con otorgar, finalmente, un diecinueve. Un diecinueve pesa en el fondo del corazón. Entonces se presenta un imbécil. Por primera vez la aguda mirada se equivoca y lo ilumina con bellos colores. Al imbécil, si dice versos, se lo cree poeta. Se piensa que comprende los pisos agujereados, se cree que ama a los hurones. Se cree que lo halaga la confianza de una víbora que cimbrea bajo la mesa, entre sus pies. Se le entrega el corazón que es un jardín salvaje a él, que sólo ama los parques cuidados, y el imbécil se lleva, en esclavitud, a la princesa.

**Amigos de la Colectividad Francesa
Concordia 2001**